

Wim Blockmans

Carlos V

La utopía del Imperio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Keizer Karel V, 1500-1558: De utopie van het keizerschap*

Traducción: María José Calvo González

Primera edición: 2000

Segunda edición, revisada y actualizada: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Retrato de Carlos V*, Escuela Alemana (Museo Nacional Germano, Nuremberg, Alemania)

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Wim Blockmans, 2000, 2015

© de la traducción: M.ª José Calvo González, 2000

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-122-1

Depósito legal: M. 21.367-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prefacio
17	1. Cuarenta años de Imperio
17	Duelo grandioso
27	Una despedida difícil
36	Los Habsburgo: una dinastía para Europa
47	La educación de un príncipe cristiano
58	¿Una misión imposible?
62	2. ¿Una gran estrategia?
62	Territorios y dinastía
71	El Sacro Imperio Romano Germánico
78	Opciones estratégicas
90	Circunstancias imprevistas
101	3. Honor, derechos y territorios
101	Un rey extranjero
109	Las XVII Provincias
120	Italia, la llave hacia la hegemonía mundial
135	Francia, una y otra vez
158	Derecho, ambición y necesidad
162	4. Protector de la Iglesia católica
162	La gran incomprensión
174	Dar y tomar

Índice

186	Reforma autoritaria
196	El fiasco
203	La persecución de los herejes
217	El alma de los indios
221	La división de la cristiandad
230	5. El sistema político de Carlos
233	El soberano ausente
238	La dinastía del emperador
247	Servidores del emperador
262	La red
269	6. El precio del Imperio
269	Objetivos
272	La tragedia de un virrey
284	Estrategias, recursos, elecciones
297	Dinero, dinero y más dinero
311	Negociación y represión
322	7. Imagen y balance
322	La glorificación de un héroe clásico
335	Personalidad y destino
351	Notas
367	Bibliografía seleccionada
373	Cronología
379	Genealogía
385	Mapas
387	Índice onomástico

Para An, que dio imagen a la figura de Carlos

Prefacio

La conmemoración en el año 2000 del quinto centenario del nacimiento del emperador Carlos V despertó el interés de políticos y de un gran público en general, con la celebración de exposiciones, conferencias, congresos, conciertos y festividades en diversos países. Se editaron en diferentes lenguas un gran número de libros, llevando la mayoría de ellos solo el título de «Carlos V» en su portada. Este nombre provoca curiosidad. Algunos de esos libros fueron escritos por especialistas que han dedicado toda su carrera profesional al estudio de este campo de investigación, y otros fueron obra de apasionados amateurs. El presente libro, publicado también por primera vez en ese año, no pertenece a ninguna de las categorías mencionadas anteriormente. Su intención es reflejar de forma sintética e inteligible en qué situación se encuentra la investigación más reciente.

¿Era necesario añadir un nuevo estudio a todos los existentes y volverlo a publicar actualizado teniendo en

cuenta los trabajos publicados desde entonces? En este caso, la oportunidad para hacerlo es la conmemoración del acceso de Carlos al trono de las coronas españolas en 1516, ocasión en que se vieron unidas por primera vez bajo el dominio de una sola persona como rey.

El Imperio europeo de Carlos V abarcaba muchos países, y es curioso constatar de qué manera tan diferente se ha elaborado este hecho en la conciencia histórica de cada uno de ellos¹. He procurado no limitarme a dar una perspectiva regional o ideológica concreta, sino situarme, precisamente, en el nivel de interacción entre el emperador, sus adversarios dentro y fuera del Imperio, y sus súbditos. Después de todo, sobre la figura del emperador y su contexto existe una tradición historiográfica española, una germano-austriaca católica, una alemana luterana, una belga, una anglosajona y una mediterránea².

Aparte de posturas nacionales e ideológicas, en este contexto hay dos dificultades que desempeñan un papel importante. En primer lugar, el tema que se aborda es muy amplio: la mitad de Europa, el mundo mediterráneo y las colonias americanas durante medio siglo. Debido a la existencia masiva de fuentes, nadie es capaz de abarcar su totalidad a base de un estudio de todas las fuentes primarias. Los esfuerzos que se han llevado a cabo desde mediados del siglo pasado, sobre todo en Alemania y Austria, para imprimir la correspondencia más importante y las actas de la Dieta del Imperio progresan con lentitud, y se hallan aún en una fase de desarrollo poco prometedora. En segundo lugar, la mayoría de los investigadores no son capaces de estudiar las fuentes y publicaciones en todas las lenguas relevantes, incluidas el italiano y el neerlandés.

Esto conduce a que no se tomen en consideración, en la mayor parte de la literatura internacional, dos zonas estratégicas del Imperio.

Este estudio, que ha pretendido ser conciso, no ha podido tratar la literatura italiana y española con la misma profundidad que la de otras lenguas, pero sí que tiene en cuenta la situación actual de la investigación en estas zonas lingüísticas. Por eso, este trabajo espera poder ofrecer una visión más equilibrada de todas las partes del Imperio europeo de Carlos V que la que ofrecen las obras más recientes en lenguas internacionales. Se ha optado por prestar una atención casi exclusiva a Europa, sin apenas dedicación a las colonias americanas, puesto que en Europa existe suficiente cohesión, mientras que la colonización no cambió básicamente las relaciones entre los estados europeos, aun cuando la afluencia de plata proveniente de América proporcionara a la Corona española una ventaja considerable y provocara una espiral inflacionista.

Este libro no es una biografía en sentido estricto. El biógrafo de Carlos V, Karl Brandi, abrió su libro clásico, no sin razón, con este impresionante párrafo:

Hay personalidades históricas con una fuerza creadora sobrehumana, capaces de construir a partir de su propia energía elemental, prescribiendo así las leyes del pensamiento y de la conducta por los siglos de los siglos. Carlos V no fue una de estas personas.

Sin embargo, Brandi buscó en el emperador lo «grandioso», percibiendo la conexión entre ideas anticuadas y concepciones nuevas. A mí ya no me parece conveniente

ir en busca de una gran personalidad. Lo que me intrigaba era saber lo que podía llegar a alcanzar una persona, a la que el destino de la fortuna le había concedido un poder desmedido. ¿De qué libertad de acción disponía realmente? ¿Pudo llevar a cabo sus objetivos? ¿Qué efectos no deseados resultaron de sus actividades?

Que nos centremos en la persona del emperador no debe ocultarnos el hecho de que la extraordinaria concentración de poder sobre tantas tierras en las manos de una sola persona no respondía a la voluntad de los pueblos. Ciertamente es que, tras la súbita muerte del padre de Carlos —el rey Felipe I de Castilla— en 1506, los súbditos de las tierras «borgoñonas» de los Países Bajos vieron con agrado que su hijo de cinco años fuera reconocido como su sucesor y su hermana Margarita como gobernadora. En 1515, cuando contaba quince años, le dieron una cálida bienvenida como su duque, su conde o su señor. Sin embargo, todas las expansiones territoriales posteriores del dominio habsbúrguico en los Países Bajos fueron resultado de campañas militares ajenas a cualquier legitimidad basada en derechos hereditarios claros y en contra de las preferencias expresadas por los naturales de esas tierras. De forma similar, en 1516 las Cortes de los reinos españoles expresaron su preferencia por el hijo menor de Felipe, Fernando, quien había sido criado en la Península, en la corte de su abuelo el rey Fernando de Aragón. La elección dinástica no tardó en originar revueltas, pero la autoridad de Carlos acabó imponiéndose. Como también es sabido, la Corona imperial fue comprada por medio de donaciones masivas y la concesión de generosos derechos a los príncipes electores

en 1519. Por último, el dominio sobre Nápoles y la mayor parte del centro y del norte de Italia llegó a través de la fuerza de las armas tras largas y repetidas guerras. Una vez más, estas no obedecieron a la voluntad de las gentes, sino que sirvieron a los fines dinásticos. Los súbditos expresaron repetidamente sus deseos de paz. El precio de este estado de guerra casi continuo hubo de pagarse, no obstante, mediante bruscas subidas de impuestos, y originó importantes alteraciones sociales y económicas. No ha de sorprendernos, pues, que la resistencia creciera y que acabara llevando a la desintegración del Imperio de Carlos hacia el final de su reinado.

La primera mitad del siglo XVI ofrecía un marco extraordinariamente dinámico: el mundo se había extendido por los descubrimientos, se experimentaron revoluciones en el campo de la ciencia y la técnica, en el seno del pensamiento religioso cristiano se vivió una renovación intensa, y crecieron la población y la economía europeas. La tensión entre la voluntad de un individuo y el poder del sistema alcanzó un punto álgido dramático en tiempos de Carlos V. El objetivo de este libro es hacer accesibles los nuevos criterios científicos a todos estos aspectos.

1. Cuarenta años de Imperio

Duelo grandioso

El 29 de diciembre de 1558, desde las dos del mediodía, apareció por las calles de Bruselas un fastuoso cortejo fúnebre. Partió del palacio de Coudenberg y descendió hacia el centro de Bruselas por la Bergstraat, para celebrar el solemne funeral en Santa Gúdula, la iglesia mayor de la ciudad. En su interior se encontraba una capilla ardiente, y por encima del catafalco, apoyado en columnas de veinte pies de altura, se levantaba una enorme construcción de hierro que portaba unos tres mil cirios de medio kilo cada uno. Tres coronas reales, una corona imperial y una combinación de crucifijos sobresalían cuarenta pies por encima de la auténtica corona, el collar, el cetro y el globo del fallecido emperador Carlos V. Al día siguiente se celebró en esta iglesia otra solemne misa de difuntos cantada. Las paredes estaban cubiertas con los estandartes de todos los principados del fallecido, que

habían sido portados durante la marcha fúnebre. Seis vidrieras monumentales, instaladas entre 1537 y 1547 en esta iglesia a partir de dibujos de Bernard van Orley y Michiel Coxcie, reproducían gran parte de la dinastía de los Habsburgo.

La puerta del palacio de Coudenberg estaba decorada para la ocasión con una tela de terciopelo negro de seis metros de largo, en la que lucía el escudo imperial. La sala del palacio estaba cubierta completamente con telas negras, del mismo modo que la resistente empalizada de madera colocada a ambos lados de la ruta del cortejo, con el fin de mantener a cierta distancia a los miles de personas que observaban la ceremonia. En todo el camino destinado al cortejo se había dejado un espacio de veinte pies de anchura. Al cortejo le seguían unos dos mil miembros de los gremios de la ciudad, ataviados con atuendos de luto, portando cada uno de ellos una antorcha prendida adornada con un escudo imperial. El cortejo estaba jerárquicamente dispuesto bajo el mando del primer heraldo de la Orden del Toisón de Oro. Delante caminaba el clero local de las parroquias, conventos y capítulos. Tras ellos iba el coro de la capilla regia y los capellanes de la corte, y después muchos prelados, abades y obispos de los Países Bajos, España, Italia y de otros territorios del fallecido emperador; el informe oficial que imprimió más tarde Cristóbal Plantino en Amberes no proporciona ningún detalle sobre estos últimos países. Más adelante las crónicas de la corte van a informar detalladamente sobre la ceremonia, al igual que la carta que un atónito inglés, Richard Clough, escribió algunos días más tarde del acontecimiento a su socio, el famoso

sir Thomas Gresham, apoderado de la Corona inglesa en Amberes¹.

Tras el clero iban los funcionarios y el cuerpo administrativo de Bruselas, seguidos por los enviados de las ciudades y de los Estados provinciales de «los países de este lado», tal como se hacía referencia tradicionalmente a los Países Bajos pertenecientes a la dinastía de Valois-Borgoña, contrastando con «los países del otro lado»: Borgoña, el Franco Condado y sus dependencias. A continuación iban los funcionarios de las instancias administrativas del ducado de Brabante: la Cámara de Contaduría, la más alta autoridad, el canciller y el Consejo. Después de que los diferentes sectores y órganos de la ciudad y del ducado hubieron pasado, le tocaba el turno a la corte, flanqueada a ambos lados por doscientos pobres, ataviados para la ocasión con indumentaria de luto y provistos de unas antorchas encendidas, que iban adornadas con pequeños escudos. Encarnaban la *caritas* cristiana de la corte, que se exhibía especialmente en días festivos y en celebraciones solemnes. Detrás de ellos iban los alabarderos españoles y alemanes de la guardia real. Y en medio de esta doble hilera caminaban de dos en dos, en orden ascendente de categoría, los servidores áulicos del emperador, desde los mozos de cuadra hasta las diversas categorías de gentilhombres, «todos en gran número».

El clímax del cortejo lo representaban los símbolos del poder de Carlos V, anunciados con tambores y trombones. Miembros de la alta nobleza portaban los estandartes del propio emperador, engalanados con su divisa, *Plus ultra*, las columnas de Hércules y la cruz de San Andrés. Su caballo sin jinete estaba totalmente envuelto en un manto

lleno de emblemas de su amo, y era conducido delante de su gran estandarte, que representaba a Santiago, santo patrón de España, derribando a un infiel. De cada uno de los más de sesenta principados y señoríos caminaba un heraldo, un caballo sin jinete adornado con una gualdrapa con símbolos heráldicos y un noble con el estandarte correspondiente. Los colores intensos de las banderas y los paneles con escudos y las antorchas centelleantes contrastaban fuertemente con el negro de las vestimentas. A continuación venían las insignias del mismo Carlos, su pendón, bandera, estandarte, enseña, paneles con escudos, el collar del Toisón de Oro y los cuatro símbolos del Sacro Imperio Romano Germánico: el cetro, la espada, el globo y la corona. Felipe II iba a continuación, ataviado con un largo ropaje de luto con capucha, seguido por caballeros del Toisón de Oro, miembros de los Consejos de gobierno de Italia y Aragón y los regentes de Nápoles, Milán, Aragón, Sicilia y Cataluña. Finalmente estaban congregados los tres Consejos centrales de los Países Bajos —el Consejo de Estado, el Consejo Privado y el Consejo de Hacienda—, así como el cuerpo administrativo de la casa real. El cortejo lo cerraban los archeros del rey.

Cortejos como este constituían un medio excelente para la comunicación entre el príncipe y sus súbditos. Por un lado, la ciudad se convertía en el decorado perfecto para el acontecimiento, en donde tanto la comunidad local como los restantes grupos de la población podían dejarse ver con sus sectores corporativos, y al mismo tiempo, mostrar su devoción tanto al difunto soberano como a su sucesor. Por otro lado, la corte aprovechaba tales ocasiones para mostrar todo su esplendor ante los

ojos de sus súbditos y del público europeo, que tenía noticia de estos hechos a través de relaciones escritas y orales. La jerarquía mostrada en el cortejo reflejaba la que existía en el Estado. La amplia autoridad del emperador fallecido se hacía visible de esta manera a todos los espectadores. El simbolismo de las victorias del emperador contribuía a dar fama a la dinastía, a sus fines políticos y a sus logros.

El informe escrito de esta *Magnifique et sumptueuse pompe funèbre* contenía 33 grabados en cobre coloreados de la capilla ardiente y de las insignias y estandartes de la parte central del cortejo; fueron diseñados por Hiëronymus Cock e identifican a todas las personalidades de alto rango y banderas. El punto culminante de la comitiva lo formaba una carroza, que era empujada por hombres ocultos a la vista. Representaba un enorme galeón, tirado por dos caballos de mar en el océano, que navegaba en medio de islotes, donde las banderas turcas habían sido reemplazadas por banderas imperiales. Tras la embarcación, dos elefantes marinos tiraban de las columnas de Hércules. Encima estaban inscritas las siguientes palabras en latín: «Con justicia habéis adoptado la insignia de las columnas de Hércules, represor mismo de los monstruos de vuestra época». En la columna posterior estaba escrito un comentario detallado en latín, que se ha conservado también en los relatos impresos. Denomina a la embarcación «Victoria», como ilustración de los triunfos del afamado y cristianísimo emperador. Se describían doce triunfos —una alusión a los Doce Trabajos de Hércules— que estaban representados, evidentemente, en el armazón de la nave. El grabado nos muestra cinco de ellas en la

banda de babor: el descubrimiento y cristianización del Nuevo Mundo, las conquistas de Génova, de Corón y Patrás, en la costa del Peloponeso, y de Túnez. La idea de plasmar una serie con las Doce Conquistas de Carlos V aparece ya en un conjunto de grabados homónimo realizado por Maarten van Heemskerck, editado asimismo en Amberes por Hiëronymus Cock en 1556. En el museo del monasterio cisterciense de San Bernardo, en Alcalá de Henares, se halla un cofre grabado con las conquistas de Carlos. Probablemente Felipe II regalara esta joya preciosa al monasterio alrededor de 1560. Algunos de estos grabados guardan relación con los de Van Heemskerck. Las tres series se diferencian entre sí, sin embargo, por el tema y la iconografía². En el bauprés del galeón sobresalía la cabeza de un águila. Además estaba adornado con escudos, estandartes y gallardetes, y el del mástil más alto representaba a Cristo crucificado encima de las columnas de Hércules, asociando al difunto emperador con Dios. La simbólica Nave del Estado era conducida por tres virtudes teologales: la Esperanza con su ancla en la roda, la Fe en medio de la embarcación y la Caridad en el palo del timón. En la parte delantera de la cubierta se había colocado un trono vacío, adornado con el águila real y la corona imperial.

La grandeza de este cortejo no conocía precedente alguno. La ciudad de Bruselas había sido testigo poco antes de un ritual parecido, pero mucho más sobrio, en memoria de María Tudor, reina de Inglaterra y esposa del rey Felipe II, fallecida en Londres el 17 de noviembre. Esta ceremonia se celebró al estilo de la casa real inglesa, mientras que en el caso de Carlos V estaba en conexión con la

tradición borgoñona. El simbolismo de la embarcación guardaba relación con una carroza triunfal que se utilizó en Bruselas el 13 de marzo de 1516 en el cortejo fúnebre por la muerte del abuelo de Carlos, el rey Fernando de Aragón. El proyecto fue diseñado nada menos que por Jan Gossaert, y al igual que en 1558, se había colocado un trono vacío con un globo y la divisa del emperador fallecido. En este caso el motivo principal lo constituía, también, la lucha contra los moros. El galeón «Victoria» quedó en poder de la ciudad de Bruselas y se utilizaría en sucesivas ocasiones, como en el caso de la Entrada Triunfal de Alberto e Isabel en 1596, y en otras procesiones³.

Lo que proporcionó especial grandeza a la ceremonia en Bruselas fue, sobre todo, la presencia de Felipe II, que había sucedido a su padre en el trono de Nápoles ya en el año 1554, en los Países Bajos en 1555 y en España en 1556. La relación que redactó el heraldo de armas Pierre de Vernois se publicó en la imprenta de Plantino en versiones neerlandesa, francesa, alemana, española e italiana; entre 1560 y 1565 se vendieron al menos 180 ejemplares; en París y Lyon aparecieron traducciones del italiano a partir de un relato milanés. Todo esto no solo indicaba una intención propagandística expresa por parte de la corte, sino también una rentabilidad comercial y el interés de un público internacional por la ceremonia de conmemoración. El emperador que había renunciado a diferentes reinos gobernó durante cuarenta años en un gran número de países. Durante este periodo se produjeron desarrollos de largo alcance que tuvieron un profundo efecto en sus contemporáneos.

Para Felipe era muy importante sacar el mayor partido político de la ceremonia fúnebre. La muerte de su esposa un mes antes, la reina María Tudor, le acababa de privar de su influencia en Inglaterra. No parecía que llegara a conseguir nunca la dignidad imperial de Carlos V, más si se tiene en cuenta que esta había sido concedida a su tío Fernando, quien, en la ausencia casi permanente de Carlos, había actuado como su representante desde 1522, y a partir de 1531 como Rey de Romanos había gobernado de facto el Imperio. Los príncipes alemanes lo consideraban su superior, mientras que Felipe II era un completo extraño para ellos. Además, Fernando tenía muchos hijos y su primogénito, Maximiliano, abrigaba también ambiciones.

Frente a estos dos aspectos negativos, Felipe podía presumir, sin embargo, de sus recientes victorias sobre los franceses. En 1557 sus tropas habían salido victoriosas en San Quintín, y en el verano de 1558, en Gravelinas. Los franceses aceptaron una tregua, que se transformaría el 3 de abril de 1559 en la Paz de Cateau-Cambrésis, poniendo fin favorablemente a cuarenta años de luchas entre los Habsburgo y los Valois, que habían ocupado la mayor parte del reinado de Carlos. Ambos reinos se habían arruinado con la guerra, pero ahora Felipe II podía establecer la superioridad española sobre Europa occidental, que ejerció durante casi un siglo. Un diplomático español hizo la siguiente observación: «En verdad que Dios ha debido guiar estas negociaciones de paz, ya que aunque hemos actuado en nuestro propio beneficio, los franceses también están satisfechos con la determinación tomada»⁴.

La manifestación de las victorias gloriosas de Carlos, de sus innumerables títulos soberanos y de las insignias

de la mayor autoridad mundial de la cristiandad, así como la aparición de Felipe como nuevo soberano de la prestigiosa Orden del Toisón de Oro, confirmaban ante los ojos del mundo la grandeza y el poder sin igual del nuevo soberano, aunque no fuera emperador ni ya rey consorte de Inglaterra. Tras la misa de difuntos en la iglesia de Santa Gúdula, Guillermo de Orange expresó simbólicamente esta ambición. Como príncipe soberano de Orange, era el caballero de más alto rango y portavoz de la Orden del Toisón que se hallaba presente. Además, en agosto de 1556 Carlos le había encargado realizar las negociaciones previas a su abdicación en la Dieta, como príncipe alemán de la Casa de Nassau; a él le tocaba ahora devolver al Estado el globo imperial que había llevado durante el cortejo fúnebre⁵. Según Richard Clough, se golpeó con su puño en el pecho, y delante de la capilla ardiente pronunció en alto y de manera pausada las siguientes palabras: «Está muerto. Seguirá estando muerto. Está muerto y otro se ha levantado en su lugar, más grande de lo que él fuera nunca»⁶.

Después de esto Felipe se despojó de su capa de luto. Con este rito se apropiaba de toda la dignidad y de la fama de su padre para llevar adelante su propio gobierno con este respaldo. Esta triple variación del rito francés de la cesión del poder real con la proclamación de «El rey ha muerto. ¡Viva el [nuevo] rey!» hace referencia a la continuidad del cargo más allá de la muerte. En 1516 el heraldo de la Orden del Toisón de Oro pronunció tres veces el nombre de Fernando de Aragón durante la ceremonia fúnebre en Bruselas, seguido por la frase «Ha fallecido» y por la bajada del estandarte real de